



## VI

De cómo prometió no volver á las andadas

No volverá á las andadas: puede estar tranquilo el señor comisario. ¿Cómo lo haría? ¿Cómo podría ir al río, ahora que no puede moverse de la cama? Si el comisario la viera ahora, á buen seguro no dudaría de su palabra. Sin ninguna duda, aquella voluntad, aquel deseo de morir tan fatalmente sellado en su pálido semblante el otro día, son aún visibles en todo su sér; sino que se ve otro sello encima... la resignación. La llamada Delobelle sabe muy bien que esperando un poco, muy poco tiempo, no tendrá ya que querer ni desear.



Los médicos suponen que no es sino una fluxión de pecho el mal que la mata, efecto sin duda de la ropa mojada y mantenida tantas horas en el cuerpo. Y se engañan lastimosamente los médicos, porque no hay tal fluxión de pecho.

Entonces la mata el amor.

Tampoco. Desde aquella infausta noche, ni siquiera piensa en Franz, como quiera que no se siente digna de amar ni de ser amada.

Pero hay, según ella, una mancha en su vida, antes tan pura; y he aquí precisamente lo que la mata.

Cada una de las peripecias del horrible drama es á sus ojos una mancha: su salida del agua delante de todos aquellos hombres, su estancia en el puesto de policía, las palabras obscenas que allí oyó, la loca que se calentaba á la estufa, todo lo vicioso y mal sano con que se rozó en la escalera de la comisaría y más arriba; y fuera de esto el menosprecio de ciertas miradas, la desvergüenza de otras, las cuchufletas de su salvador mercenario, las audaces galanterías del agente que la acompañara, todo su recato y decoro de mujer perdidos para siempre, la mengua impuesta á su honrado apellido haciéndolo figurar en odiosas oficinas y más odiosos registros, hasta la inoportunidad de su dolencia que la persiguió en todas las fases de su largo martirio, como una ironía, como una agravación de ridiculez en su suicidio por amor.

La mata, pues, la vergüenza. En sus noches de delirio no dice otra cosa:

— ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

Y en los momentos tranquilos, se hunde bajo las ropas de su lecho, se cubre con ellas la cara como para esconderse ó sepultarse.

Muy cerca de su lecho y á la luz de la ventana está trabajando la madre, siempre al cuidado de su hija. Á breves intervalos, alza la vista para observar aquella

desesperación muda, aquella enfermedad inexplicable; pero muy luégo vuelve á su tarea, porque una de las mayores penas del pobre es no tener tiempo para consagrarse á su dolor. Hay que trabajar constantemente, y hasta cuando la muerte gira alrededor, pensar en las exigencias presentes, en las dificultades de la vida.

El rico puede encerrarse en su pesar, puede hartarse, vivir de él, no hacer más que estas dos cosas: sufrir y llorar.

Pero el pobre no tiene el medio ni el derecho de hacerlo. He conocido en mi tierra á una buena mujer, que había perdido en menos de un año á su marido y á una hija, dos pruebas terribles, una tras otra. Pero quedábanle muchachos que criar y una labor que dirigir. Desde que Dios amanecía era preciso ocuparse, atender á todo, ahora aquí, ahora allá en trabajos extendidos á dos leguas de distancia. La triste viuda me decía:

— No tengo un momento de lugar en la semana para llorar mis penas; pero los domingos... ¡oh! los domingos me harto.

Y en efecto, los domingos, mientras los muchachos jugaban fuera ó se divertían en otra casa, encerrábase ella por dentro y pasaba las tardes gimiendo y llorando por su marido y su hija.

La mujer de Delobelle no tenía siquiera domingos. Figuraos que estaba ya sola para el trabajo, que sus dedos no tenían la prodigiosa maña que los de su hija, y que por nada de este mundo habría querido suprimir un solo hábito de su grande hombre.

Con esto, siempre y cuando la enferma abría los ojos, veía á su madre, así á la alba luz de la madrugada como á la luz rojiza del trasnochado quinqué, trabajando, trabajando sin cesar.

Cuando las cortinas de su lecho estaban corridas, oía entonces la enferma el ruido seco y férreo de las tijeras, repuestas sobre la mesa.



Esta fatiga de su madre, este insomnio que acompañaba constantemente su fiebre, era uno de sus mayores sufrimientos: á las veces esto superaba todo lo demás.

— Á ver, mamá, dame labor, y te ayudaré — decía la pobrecita esforzándose para incorporarse.

Venia á ser esto un claro en aquella sombra más densa cada día. La madre, que veía en este deseo de enfermo la voluntad de entrar de nuevo en la vida, aproximaba la mesa de trabajo.

Pero la aguja era demasiado pesada, y estaban aún sus ojos demasiado débiles, y el menor rumor de ruedas, recordaba á Desiderata que la calle, que la infame calle estaba allí cerca de ella... No, no tenía fuerzas para vivir. ¡ Ah! si hubiera podido morir al principio y renacer después...

Entre tanto se moría y se rodeaba poco á poco de una suprema abnegación.

La madre miró, entre dos puntadas, á su hija, cada vez más pálida.

— ¿Cómo te sientes?

— Muy bien — contestó la enferma con una sonrisa que iluminó un momento su doloroso semblante, mostrando todos sus estragos como un rayo de sol que, deslizándose en una vivienda de pobres, en vez de alegrarla, detalla más aún toda su tristeza y desnudez.

Después sucedían largas pausas de silencio: la madre no hablaba temiendo prorumpir en sollozos; la hija, asoporada por la fiebre, envuelta ya en esos velos invisibles de que la muerte rodea con una especie de piedad á los que se van, para vencer lo que les queda de fuerzas y llevárselos sin violencia.

El ilustre Delobelle no estaba allí jamás; ni había cambiado nada en su existencia de cómico de la legua sin contrata. Sin embargo, sabía que se moría su hija, pues se lo había dicho el médico. No dejó de causarle

la noticia profunda conmoción, pues en el fondo amaba á su hija; sino que, en aquella extraña índole, los sentimientos más verdaderos tomaban un carácter falso y poco natural, por esa ley que hace que cuando un plano está de través, todo lo que se pone encima parece que está torcido.

Delobelle quería, ante todo, pasear, espaciar su dolor y representaba el papel de padre desgraciado de uno á otro extremo del bulevar. Se le veía en las inmediaciones de los teatros, en los cafés de los cómicos, con los ojos escaldados y pálido el semblante, y gustaba de que le preguntaran:

— Y bien, pobre amigo mío, ¿ cómo está la enferma?

Entonces meneaba la cabeza con movimiento nervioso; su gesto reprimía lágrimas, imprecaciones sus labios, y amenazaba al cielo con una mirada de cólera ni más ni menos que cuando representaba el *Médico de los niños*; lo que no impedía, por otra parte, que tuviera mil delicadas atenciones á su hija.

Así, pues, había tomado la costumbre, desde que estaba mala, de llevarle flores de sus paseos á París, y no flores ordinarias como esas humildes violetas que florecen en todas las esquinas de las calles para los bolsillos flacos, sino rosas y claveles en aquellos tristes días de otoño, sobre todo, lilas blancas, esas plantas de invernáculo cuyos tallos, hojas y flores son del mismo color blanco verdoso, como si la naturaleza en su precipitación se hubiera atendido á un color uniforme.

— ¡ Oh! es ya demasiado, papá, y me enojaré — decía la enfermita al verlo entrar triunfalmente con su ramo en la mano.

Pero él le decía en tono de gran señor:

— Deja... deja, pues.

Y ella no se atrevía ya á resistir más.

Sin embargo, era un gran dispendio, y á la pobre



madre le costaba tanto trabajo ganar la vida para todos...

¿Qué importa? Lejos de quejarse, la buena mujer tenía por muy delicado y daba por muy bien hecho lo que á costa de ella hacía su grande hombre.

Este menosprecio del dinero, esta suprema indiferencia, grandeza tal y tanta la llenaban de admiración, y más que nunca creía en el genio y porvenir teatral de su marido.

Él también guardaba, en medio de los acontecimientos, una confianza inalterable. Poco, empero, faltó para que se abrieran en fin sus ojos á la luz de la verdad; poco faltó para que una manecita abrasada por la fiebre, y puesta sobre su cabeza ilusionada y solemne, hiciera salir de ella el importuno insecto saltón que le zumbaba hacía tanto tiempo.

Y fué así: Una noche se despertó sobresaltada la enferma en un estado singular. Hay que decir previamente que la víspera, al hacerle el doctor la visita de costumbre, hubo de sorprenderse grandemente de hallarla reanimada de pronto, tranquila y hasta sin fiebre. Sin explicarse la causa de esta resurrección, se retiró el médico diciendo: *Esperemos*. Sin duda confiaba en uno de esos resortes de la juventud, en esa fuerza de savia que ingerta á las veces una nueva vida en los mismos síntomas de la muerte.

Si hubiera mirado debajo de la almohada de Desiderata, habría encontrado el secreto de este dichoso cambio en una carta sellada en el Cairo; cuatro páginas firmadas por Franz, toda su conducta explicada y confesada á su querida Zizi.

Era, en efecto, la carta soñada por la enferma. Si ella misma hubiera dictado todas las palabras que habían de conmover su corazón, todas las delicadas disculpas que podían sanar sus heridas, no habrían sido mejor explicadas.

Franz se arrepentía, pedía perdón, y sin prometer nada, sin exigir nada sobre todo, contaba á su fiel amiga sus luchas, sus remordimientos, sus pesares. Indignábase contra Sidonia, encargaba á Desiderata que no se fiara de ella, y con un resentimiento que la antigua pasión hacía perspicaz y terrible, le hablaba de aquel carácter perverso y superficial, de aquella voz á propósito para mentir, sin que vibrara nunca con un acento del corazón, porque le salía de la cabeza, como todos los arranques apasionados de aquella muñeca parisiense.

¡Lástima grande que esta carta no hubiera llegado algunos días antes!...

Ahora ya todas aquellas buenas palabras eran para Desiderata como esos deliciosos manjares servidos tardíamente al que se muere de hambre.

Todo el día estuvo releendo su carta la enferma. Sacábala del sobre, la volvía á doblar después y guardaba amorosamente; pero con los ojos cerrados la seguía viendo íntegramente, veía hasta el color y forma del sello. ¡Franz había pensado en ella! Sólo esto le producía un bienestar suave y dulcísimo, y en esta paz se durmió al fin con la impresión de un brazo amigo que sirviera de almohada á su débil y fatigada cabeza.

De repente se despertó en un estado extraordinario, como dijimos poco há. Era una debilidad, una angustia de todo su sér, una cosa inexplicable. Parecía que no la retenía ya en la vida más que un hilo estirado, muy estirado, en peligro de romperse, y cuya vibración nerviosa daba á todos sus sentidos una sutileza sobrenatural.

Era de noche.

El aposento en que estaba la enferma, se hallaba á media luz. La mariposa hacía girar en el techo sus círculos luminosos, esa especie de Osa mayor melancólica que ocupa el insomnio de los enfermos; y en la



mesa de labor, el quinqué á media luz, todavía neutralizado por la pantalla, alumbraba solamente la obra esparcida y la sombra de la madre Delobelle adormecida en su butaca.

En la cabeza de Desiderata, que le parecía más ligera de llevar que de ordinario, se produjo de repente un gran vaivén de pensamientos y recuerdos. Todas las lontananzas de su vida parecía como que se acercaban á ella. Los menores hechos de su infancia, escenas que no había comprendido entonces, palabras oídas como en sueños, se representaban á su imaginación.

La niña se admiraba de ello, sin espantarse. No sabía que antes del gran aniquilamiento de la muerte se suele tener así un momento de extraña sobreexcitación, como si todo el sér exasperase sus facultades y fuerzas en una lucha final inconsciente.

Desde su cama veía á su padre y á su madre, ésta muy cerca de ella, el otro en el taller cuya puerta se había dejado abierta. La madre estaba reclinada en su butaca con la indolencia de las grandes lasitudes escuchadas al fin; y todas esas cicatrices con que la edad y los sufrimientos marcan los rostros envejecidos, aparecían más lastimosas é indelebles en el reposo del sueño. Durante el día, la voluntad, las preocupaciones ponen como una máscara sobre la verdadera expresión de los semblantes; pero la noche los vuelve á su verdadero sér, los restablece en su expresión auténtica.

En aquel momento las profundas arrugas de la valiente mujer, sus párpados enrojecidos, sus cabellos ralos y plateados por las sienes, la contracción de sus manos, hechas al trabajo, todo se veía, y todo lo vió Desiderata. Hubiera querido estar bastante fuerte para levantarse y besar aquella hermosa frente serena que las arrugas sulcaban, sin empañarla.

Haciendo contraste, por la entornada puerta, el ilustre Delobelle se presentaba á su hija en una de sus

actitudes favoritas. Sentado de través ante el mantelillo de su cena, comía repasando á la vez un librejo apoyado en la garrafa enfrente de él. El grande hombre acababa de entrar, á cuyos pasos se había despertado la enferma, y agitado aún por el efecto de una buena representación, cenaba solo, grave y solemnemente, oprimido en su levita nueva, con la servilleta á la barba y el pelo rizado á hierro.

Por la primera vez de su vida notó Desiderata aquel chocante desacuerdo entre su madre extenuada, apenas vestida con decoro y siempre de negro, color que la hacía más flaca aún y macilenta, y su padre, pomposo, feliz, bien comido, ocioso, tranquilo, inconsciente. De una ojeada comprendió la diferencia de las dos existencias. Ese círculo de hábitos en que los niños acaban por no ver muy claro, hechos los ojos á su luz particular, había desaparecido para ella. Ahora juzgaba á sus padres á distancia, como si insensiblemente se alejara de ellos. Era un tormento más aquella perspicacia de la última hora. ¿Qué iba á ser de ellos, cuando ella desapareciera? Ó su madre tendría que trabajar más y moriría en el empeño, ó bien la pobre mujer se vería obligada á dejar de trabajar, y aquel egoísta compañero, preocupado siempre con sus ambiciones teatrales, la dejaría hundirse con él en la gran miseria, ese negro agujero que se ensancha y ahonda á medida que se desciende.

No era, sin embargo, un mal hombre, y más de una vez lo había probado. Pero había en él una obcecación tan grande como funesta, que nada había podido desvanecer.

Si la enferma probara... Si antes de partir (y algo le decía que sería muy pronto), si antes de partir pudiera arrancar la túpida venda que el pobre hombre mantenía voluntariamente en los ojos...

Sólo una mano ligera y cariñosa como la suya podía tentar esta operación.



Sólo ella tenía el derecho de decir á su padre:

— Gánate la vida... Renuncia al teatro.

Entonces, como el tiempo urgía, se armó Desiderata de todo su valor, y llamó blandamente al grande hombre diciendo:

— Papá... papá.

Á la voz de su hija acudió presuroso el comediante. Había habido aquella noche estreno en el Ambigú, y volvía como electrizado. Las luces, los aplausos, las conversaciones, todos los detalles que excitaban su locura, lo tenían más ilusionado que nunca.

Entró en la habitación de la enferma, radiante, magnífico, con una camelia en el ojal y la luz en la mano.

— Buenas noches, Zizi. ¿No duermes?

Y estas palabras tenían una entonación alegre que contrastaba singularmente con la tristeza de cuánto allí se veía.

Desiderata le hizo una seña con la mano para que callara, indicándole á su madre dormida.

— Deja la luz... tengo que hablarte.

Su voz entrecortada por la emoción impresionó al comediante, y sus ojos lo impresionaron más, abiertos extraordinariamente é iluminados por una mirada penetrante.

Un tanto intimidado, acercóse á ella con la camelia en la mano para ofrecérsela y la boca en capullo, entre el chirrear de su calzado nuevo que él tenía por muy aristocrático. Su postura era evidentemente embarazada, y esto consistía sin duda en el gran contraste existente entre la sala del teatro brillante y ruidosa de que acababa de salir y aquel cuartito de enfermo en que los ruidos amortiguados y la luz templada se desvanecían en una atmósfera febril.

— ¿Qué tienes, corzuela? ¿Te sientes acaso peor?

Un movimiento de cabeza hecho por Desiderata

contestó que se sentía en efecto mal y que quería hablarle de cerca, muy de cerca.

Cuando se puso el padre á la cabecera de la cama, posó la enferma su ardorosa mano en el brazo del grande hombre y le susurró algo al oído...

Estaba mala, muy mala, y comprendía muy bien que no le quedaba mucho tiempo de vida.

— Entonces, papá mío, te quedarás solo con mamá. No, no tiembles así: bien sabías que había de llegar este caso y que llegaría pronto... Pero, muerta yo, temo que mamá no sea bastante fuerte para sostener la casa... Mira qué pálida y fatigada está.

El comediante miró á su *santa mujer*, que él decía, y se sorprendió al parecer viendo qué mala cara hacía. Pero se consoló con esta egoísta observación:

— Nunca ha sido más fuerte.

Esta observación y el tono con que fué hecha indignaron á Desiderata y robustecieron su resolución, y con esto continuó diciendo, sin piedad ya para las ilusiones del comediante:

— ¿Qué va á ser de vosotros dos, cuando yo no exista? Sé que tienes grandes esperanzas; pero son vanas é irrealizables, pueden tardar todavía mucho, y de aquí allá ¿qué haríais? ¡Ah! padre mío, no quisiera apenarte; pero me parece que á tu edad, inteligente como eres, te sería fácil... Mr. Risler, estoy seguro de ello, lo haría con mucho gusto.

Desiderata hablaba lentamente, con esfuerzo, buscando las palabras, intercalándolas con grandes pausas que podía llenar un gesto, una exclamación de su padre; pero el comediante no comprendía. La escuchaba, la miraba con los ojos muy abiertos, sintiendo vagamente que de aquella conciencia de niña, tan inocente como inexorable, se alzaba una acusación contra él; pero no sabía aún qué acusación sería aquella.

— Creo que harías bien—repuso tímidamente la en-



ferma — creo que harías muy bien en renunciar á...

— ¿Cómo?... ¿Eh?

Desiderata se detuvo viendo el efecto de sus palabras. El móvil rostro del antiguo comediante se contrajo de repente bajo la impresión de un gran despecho, y lágrimas, lágrimas verdaderas que ni pensó en disimular con hábil mano como se hace en escena, hincharon sus párpados sin correr: tal y tanta fué la angustia que le apretó la garganta.

El desgraciado comenzaba á comprender. Así, de las dos únicas admiradoras que le hubieran quedado fieles, todavía una se desviaba de su gloria. ¡Su hija, no creía en él! Esto no era posible: lo había comprendido ú oído mal. ¿Á qué, á qué debía renunciar? Sepamos... sepamos.

Pero ante la muda súplica de aquella mirada que le pedía gracia, no tuvo Desiderata valor para acabar; fuera de que la pobre niña estaba ya para espirar.

Dos ó tres veces murmuró:

— Renunciar... renunciar á...

Y dejando caer la cabeza en la almohada, murió sin haberse atrevido á decirle otra vez á qué debía renunciar...

La llamada Delobelle ha muerto, señor comisario de policía. ¿No le decía yo que no volvería á las andadas? Pero esta vez, la muerte le ha ahorrado el camino y la fatiga, y ha venido ella misma á llevársela. Ahora, hombre incrédulo, cuatro buenas tablas de pino, bien clavadas, le responden de su palabra. Había prometido no volver, y á buen seguro no volverá ya á las andadas.

La cojita ha muerto.

Es la noticia que corre en el barrio de los *Francis-Bourgeois*, impresionado por este triste suceso. No quiere decir esto que Desiderata fuera allí muy popular, como quiera que no salía nunca y sólo alguna que

otra vez asomaba á la vidriera de su altísima ventana su palidez de reclusa y sus sombríos ojos de trabajadora infatigable. Pero en el entierro de la hija del ilustre Delobelle no podían faltar comediantes, más ó menos ilustres, y París adora á esta gente. Gusta de ver pasar por la calle, de día claro, á estos ídolos de por la noche; de examinar bien su verdadera fisonomía, despojada de lo maravilloso de las tablas.

Así, pues, aquella mañana, mientras á la puerta de la calle se colgaban á martillazos paños blancos, invadían los curiosos las aceras y la entrada de la casa.

Hay que hacerles esta justicia. La gente de teatro es una familia unida por el amor, ó á lo menos por la solidaridad, por el lazo del oficio, que los congrega en todos los casos de manifestación exterior, como bailes, conciertos, festines, exequias...

Bien que el ilustre Delobelle no ejerciera en tablas y que su nombre, ilustre siempre, hubiera desaparecido de los carteles hacía más de quince años, bastó para el caso un aviso de cuatro líneas en un oscuro periódico de teatros.

« Mr. Delobelle, antiguo primer actor en los teatros de Metz y Alençon, acaba de tener la desgracia... etc. Sus amigos y compañeros se reunirán... etc. »

Luégo al punto de todos los rincones de París y aun de la comarca, acudieron comediantes á este llamamiento.

Más ó menos ilustres, desconocidos ó célebres, allí estaban todos ellos, los que habían seguido la legua con Delobelle, los que le encontraban en los cafés de teatro, donde era una de esas caras siempre vistas en que es difícil poner un nombre, pero que se recuerdan á causa del medio en que se ven constantemente y de que al parecer forman parte; luégo también actores de provincia que vienen á París á buscar un empresario que quiera darles acomodo.



Y todos ellos, los oscuros y los ilustres, los parisienes y los provinciales, animados de una sola y misma preocupación, la de ver sus nombres citados en la reseña de algún periódico; porque á esos seres de vanidad, todos los géneros de publicidad les parecen de perlas. Tal es el miedo que tienen de que el público los olvide, que en cuanto no se exhiben, sienten la necesidad de hacer que se hable de ellos, de recordarse por todos los medios á la memoria de París, tan olvidadiza de suyo.

Desde las nueve de la mañana toda la gente menuda del *Marais*, esa provincia murmuradora, esperaba en las ventanas, en las puertas, en medio del arroyo, el paso de los comediantes: los obreros en los empañados vidrios de sus talleres, los patronos entre los pliegues de las cortinas, las cocineras con la cesta al brazo y los aprendices con algún paquete en la cabeza, en la calle.

En fin, los cómicos fueron llegando en carruaje ó á gatas, que quiere decir á pié, solos ó por comparsas, á grupos. Se les reconocía por sus caras rasuradas azuleando por la barba y las mejillas, por sus modales demasiado enfáticos ó demasiado sencillos, siempre afectados y poco ó nada naturales y espontáneos, por sus gestos aprendidos ó de escuela, y sobre todo, por la desordenada sensiblería que les da la exageración necesaria á la óptica de la escena.

Las diferentes maneras con que los honorables cómicos manifestaban su emoción en esta dolorosa ocasión eran verdaderamente dignas de observarse. Cada entrada en el patinillo, húmedo y sombrío, de la casa mortuoria, era ni más ni menos que una aparición en escena, y variaba según la categoría del comediante. Los primeros actores, de drama serio, con las cejas fruncidas y todo el semblante fatal, comenzaban todos por enjugarse con un dedo una lágrima que no podían

reprimir; luégo suspiraban, miraban al cielo y permanecían de pié en medio del teatro, es decir, en medio del patio, con el sombrero apoyado en el muslo y un ligero movimiento del pié izquierdo que les ayudaba á conllevar su dolor: «¡calla, corazón, calla!»

Los actores cómicos, al contrario, hacían su entrada, ó técnicamente, salida, á la pata la llana, haciendo descender su sentimiento á la expresión vulgar de la farsa.

Tan luégo como entraban en escena, se separaban en dos grupos. Los actores célebres presentes miraban desdeñosamente á los Robricart desconocidos y sordidos, cuya envidia respondía al desdén de ellos con mil observaciones descorteses. «¿Habéis visto cómo envejece Fulano? No, no podrá sostener su papel mucho tiempo.»

Entre estos dos grupos, el ilustre Delobelle, vestido de negro, calzado de guantes negros, iba y venía, con los ojos enrojecidos y los dientes apretados, dando apretones de manos en silencio. El pobre diablo tenía el corazón lleno de lágrimas; pero no le había impedido esto rizarse á medio hierro para la circunstancia.

¡Extraño carácter! Nadie hubiera podido decir viendo su alma, el punto en que se separaba el verdadero dolor del dolor fingido, del dolor dramático, de la ostentación del dolor: tan revueltos andaban uno y otro.

Había también entre los cómicos algunos personajes de nuestro conocimiento: Mr. Chebe, más importante que nunca, haciendo que hacemos entre los actores célebres, mientras su esposa acompañaba allá arriba á la pobre madre.

Sidonia no había podido ir; pero Risler, el bueno de Risler, el amigo de la última hora, que había pagado todos los gastos de la triste ceremonia, Risler estaba allí, casi tan conmovido como el padre.



Así los coches del duelo eran de todo lujo, los paños mortuorios tenían franjas de plata y el catafalco estaba cubierto de rosas y violetas blancas. En la miserable y sombría calle de Braque, aquellas blancuras alumbradas por los cirios, aquellas trémulas flores bañadas de agua bendita recordaban el destino de la pobre niña, cuyas sonrisas, bien pocas ciertamente, habían estado siempre empapadas en lágrimas.

El cortejo se puso en marcha paso á paso, muy lentamente por las tortuosas calles.

Á la cabeza iba Delobelle, sofocado de puro sollozar, pues se enternecía casi tanto por sí mismo, pobre padre sepultando á su hija, como por su misma hija muerta, guardando en el fondo de su dolor sincero su eterna y vana personalidad, allí permanente como una piedra en el fondo de un arroyo. La pompa de la ceremonia, aquella hilera negra que detenía la circulación á su paso, los carruajes enlutados, el cupé de Risler que Sidonia había enviado para mayor ostentación, todo esto lo halagaba, le placía y exaltaba, á pesar de los pesares.

En un punto, no pudiéndose ya contener, se inclinó hacia Robricart que iba á su lado y le dijo:

—¿Has visto?

—¿Qué?

Y el desdichado padre, enjugándose los ojos, murmuró con cierto orgullo:

—Hay dos coches particulares.

¡Pobre Zizi! ¡tan buena y sencilla! Aquellos dolores de ceremonia, aquel cortejo de llorones de farsa, nada de aquello era digno de ella.

Pero allá, allá arriba, en la ventana del taller para siempre abandonado, la pobre y desolada madre, á quien no fué posible impedir que viera llevarse á su hija, de pié detrás de la persiana:

—¡Adios!... ¡adios! — decía la infeliz en voz tácita,

como si hablara consigo misma, agitando á la vez la trémula y descarnada mano con un gesto inconsciente de anciana ó de loca: — ¡Adios!...

Por más tácito que fuera este adios, debió oirlo Desiderata.

